

á la de los Bárbaros. Mamea, madre de Alejandro, profesaba quizás la nueva religión; al menos inspiró á su hijo sumo respeto á este culto. Adoraban en una capilla particular la imagen de Jesucristo entre las de Apolonio de Thyanca, de Abraham y de Orfeo (94). A ejemplo de la comunidad cristiana, que publicaba los nombres de los sacerdotes y de los obispos antes de ordenarlos, promulgaba los nombres de los gobernadores de las provincias (95), para que el pueblo pudiese vituperar ó aprobar la elección imperial. Tomaba por regla de su conducta esta máxima: «No hagas para otro lo que no quieras que te hagan á tí» y había mandado que se grabase en su palacio, y en las paredes de los edificios públicos. Cuando el verdugo castigaba á un reo, repetía la sentencia favorita de Alejandro (96): así una sola palabra del Evangelio, creaba un príncipe justo en medio de tantos príncipes inicuos.

Pero los jurisperitos ascendidos á los consejos y á los cargos del Estado, Salbino, Ulpiano, Pablo, y Modestino, eran enemigos de los discípulos de la cruz; el culto de estos parecía á tales magistrados, amantes y custodios de lo pasado, una novedad destructora de las antiguas leyes (97) y de los viejos altares. Ulpiano había compuesto el séptimo libro de un tratado sobre el deber de un cónsul, coleccionando los edictos que declaraban qué delitos, eran dignos de castigo, y las penas que se habrían de imponer á los cristianos.

Ulpiano, prefecto del Pretorio, degollado por sus propios soldados, había sido discípulo de Papiniano. Viene en seguida Pablo y Modestino, extinguiéndose en este último la antorcha de aquella jurisprudencia cuyos oráculos fueron recogidos por Teodosio el Joven y Justiniano. Por lo demás, si las leyes sabías testifican el talento de un pueblo, también dan testimonio de sus costumbres, así como del remedio se colige el carácter de la enfermedad. En el principio carecieron los Romanos de leyes escritas; y en tiempo de sus tres últimos reyes se reunieron unas cuarenta decisiones bajo el nombre de código papiniano (98). Las doce tablas que componían un total de ciento cincuenta textos (háyanse ó no copiado de la Grecia y explicado por el desterrado Hermodoro (99), bastaron á la república mientras conservó la virtud. Siguió después bajo el mismo dominio de la república el derecho flaviano y el derecho eliano. Con Augusto tuvo principio, bajo el imperio, la ley *regia* que algunos han negado, y sucesivamente se fueron amontonando las diferentes constituciones de los emperadores, hasta los códigos gregoriano y hermogéniano. Corrompidos entonces los Romanos, no tuvieron bastante ya con los *senatus-consultos*, los *plebiscitos*, los *edictos de los príncipes*, los *edictos de los pretores*, las *decisiones de los jurisperitos* y el *derecho consuetudinario*. Al paso que envejecía la familia, multiplicaba los casos de jurisprudencia; utilizábase el espíritu de los tribunales á medida que se embrollaban las relaciones de las cosas y de los individuos. Dos mil volúmenes compilados por Triboniano forman el cuerpo del derecho romano, con la denominación de código Digesto, Pandectas Instituciones y Novelas no contando con el derecho greco-romano ó sea la paráfrasis de Teófilo y los siete volúmenes en folio de los Basílicos, obra de los emperadores Basilio, Leon el Filósofo y Constantino Porfirogénito; sólida mole que ha sobrevivido á Roma, pero que no pudo apuntalarla lo suficiente para impedir que se hundiera. La sociedad vive más por las costumbres que por las leyes, y las naciones que no se salvan por su inocencia, perecen muchas veces con su sabiduría.

Durante los reinados de Severo, Caracalla, Malvino, Eliogábalo y Alejandro, el papa Ceferino sucedió á Victor mártir, Calisto á Ceferino, Urbano á Calisto, y Ponciano á Calisto. Minucio-Feliz escribió su diálogo

en defensa del Cristianismo. Paseábase una mañana Minucio por la orilla del mar en Ostia, con Octavio cristiano y Cecilio que seguía el paganismo: los tres interlocutores se entretenían por de pronto en mirar á unos niños que jugaban tirando piedras llanas que hacían saltar sobre la superficie de las aguas, y después se sentó Minucio entre los dos amigos. Cecilio que había saludado á un ídolo de Serapi, preguntó por qué los cristianos se ocultaban, por qué no tenían templos, imágenes ni altares. ¿Cuál es su Dios? ¿De dónde procedía el culto de ese Dios único, solitario, abandonado, que ninguna nación libre conocía, cuyo poder era tan débil que juntamente con sus adoradores se hallaba cautivo de los Romanos? Los Romanos sin ese Dios gobiernan y gozan el imperio del mundo. Los cristianos, siguió diciendo Cecilio, no usáis de perfumes, ni os coronáis de flores; estais pálidos y temblando; no resucitáis como pensáis, y no gozáis de la vida por esperar esa vana resurrección.

Octavio respondió que el mundo es el templo de Dios, y que una vida pura y las buenas obras son el verdadero sacrificio. Refutó la objeción sacada de la grandeza romana, volvió en ventaja suya el argumento de la pobreza dirigido contra los discípulos del Evangelio, y Cecilio se convirtió. Pocos diálogos de Platón ofrecen una escena tan bella ni discursos más nobles (100).

Orígenes hijo de un mártir, abrió en Alejandría su escuela cristiana; enseñaba en ella toda clase de ciencias, y Mamea, madre del emperador, quiso verle: los paganos y los filósofos asistían á sus cursos, le dedicaban obras y le elogiaban en sus escritos. Orígenes había aprendido el hebreo; estudiaba además la Escritura en la versión de los Setenta; y en las tres versiones griegas de Aquila, Teodosio y Simmaco. Compuso un número tan considerable de obras, que siete estenógrafos se ocupaban en escribir diariamente bajo su dirección (101): sabidas son su falta y su condenación. Tuvo el talento, la elocuencia y la delicadeza de Abelardo sin deberlo á una pasión humana; no fue débil sino por la ciencia y la virtud. En Orígenes se verificó, la transformación del filósofo pagano en filósofo cristiano: había en su método una claridad inmensa y en sus palabras un encanto indecible. Otros escritores eclesiásticos sobresalieron entonces, particularmente. Hipólito, mártir, y quizás obispo de Ostia, que inventó para encontrar el día de Pascua un ciclo de diez y seis años, que ha llegado hasta nosotros (102).

Hemos visto á Alejandro marchar á las Galias, donde sólo quedaron tres legiones. Habíase introducido en ellas el desorden, y el emperador se esforzó en restablecer la disciplina; sublevaronse á instigaciones de Maximino. El hijo de Mamea llevaba ya trece años de reinado, y prometía larga vida: esto era demasiado: las liberalidades que los aspirantes á la púrpura prodigaban al soldado al tiempo de su elevación se convirtieron para ellos en una nueva causa de su propia ruina. El imperio era una hacienda que el príncipe arrendaba mediante una suma convenida; pero con una cláusula tícita, en virtud de la cual se comprometía á morir pronto.

Asesinos excitados por Maximino, dieron muerte á Alejandro y á su madre en Secila, cerca de Maguncia.

El imperio perdió los vestigios del orden con que había sobrevivido hasta entonces: guerras civiles, invasión general de los Bárbaros, territorio desmembrado, provincias saqueadas, mas de cincuenta príncipes elevados y precipitados; tal es el espectáculo que se presenta á la vista por espacio de medio siglo, hasta el reinado de Diocleciano en que el mundo se sumergió en otros infortunios. Un estado que encierra en su seno el germen de su destrucción, sigue marchando en tanto que nadie pone su mano en él

pero al menor choque se rompe: la ciencia consiste en dejarle caminar sin tocarle.

* Maximino reemplazó á Alejandro.

Ya tenemos al primer bárbaro en el solio, y de aquella misma estirpe que produjo al primer vencedor de Roma. Había nacido en Tracia, su padre se llamaba Micca, y era godo; el nombre de su madre era Ababa, y descendía de los Alanos. Pastor primero, fue soldado luego en tiempo de Séptimo-Severo, centurion en el de Caracalla, tribuno en el de Eliogábalo, cuyo destino estuvo á punto de renunciar por pudor (103), y finalmente comandante de las nuevas tropas levantadas por Alejandro, cuyo bienhechor sacrificó el ambicioso bárbaro.

Tenia su estatura ocho pies y medio de alto: arrastraba él solo un carro cargado, rompía de una puñada los dientes ó la pata de un caballo, reducía á polvo las piedras con los dedos, hendía los árboles, echaba á rodar por el suelo diez y seis, veinte y hasta treinta luchadores; sin tomar aliento, corría con la rapidez de un caballo á galope, llenaba varias copas con su sudor; comía cuarenta libras de carne, y bebía veinticuatro azumbres de vino al día (104). Era grosero, carecía de instrucción, apenas sabía hablar la lengua latina, despreciaba á los hombres; era duro, altanero, feroz y astuto, pero casto y amante de la justicia; tampoco carecía de valor, aunque no perteneciese como Alarico al número de los soldados cuya espada es bastante ancha para hacer una herida que quede impresa en el género humano. Descubriese aquí una nueva raza de hombres, sobradamente dotada de las prendas que le faltaban ya á la antigua. Dios tomaba de la mano al alistado en sus milicias para mostrarlo á la tierra y anunciar la trasmisión de los imperios. Solo habían mediado trece años desde el reinado de Eliogábalo hasta el de Maximino, y el uno era el fin y el otro el principio de un mundo.

Así una misma generación de Romanos tuvo por señores en menos de la cuarta parte de un siglo á un africano, un asirio y un godo, y pronto veremos el imperio en poder de un árabe. Entre estos diferentes aventureros, candidatos del despotismo que alfluían á Roma, ninguno vino de Grecia; aquella tierra de independencia se negaba á producir tiranos. En vano destruyeron los Godos sus obras maestras; la devastación y la esclavitud no lograron privarla de su genio ni de su nombre. Derribábanse sus monumentos y sus ruinas se hacían más sagradas; dispersábanse estas ruinas y debajo de ellas se encontraban los sepulcros de los hombres grandes; destrozábanse los sepulcros y salía de estos una memoria inmortal. Patria común de todas las celebridades, país donde nunca faltaron habitantes, porque donde quiera que nacía un extranjero ilustre, allí nacía un hijo adoptivo de la Grecia, aguardando la resurrección de aquellos indígenas de la libertad y de la gloria, que debían un día tornar á poblar los campos de Platea y de Maraton.

Vueltos los Romanos de su sorpresa, se sublevaron no pudiendo soportar la idea de que los gobernase un godo convertido en ciudadano en virtud del decreto de Caracalla: ¿cuál si conviniese á unos esclavos mostrar la menor altivez!

Estallaron varias conspiraciones, y fueron castigadas: Maximino pretendía reformar el imperio del mismo modo que había restablecido la disciplina de las legiones con los suplicios. Por la menor falta sentenciaba á los principales ciudadanos á ser arrojados á las fieras, clavados en la cruz, ó cosidos dentro de animales recién muertos. Aborrecía al Senado y á aquellos patricios, que eran los más viles y los más insolentes de los hombres; tenía la debilidad de aver-

gonzarse de su nacimiento, en presencia de los nobles, que olvidaban con demasiada vileza su origen para tener el derecho de acordarse del suyo. Algunos amigos que le habían socorrido cuando era pobre, perecieron asesinados; no pudo perdonarles sus recuerdos (105), y sin embargo no debía haber sacrificado á los testigos de su miseria, sino á los de su fortuna. Inspiró, tal terror á los senadores, que se hicieron rogativas públicas para que pluguiese á los dioses impedirle la entrada en Roma.

Habíanle llamado Hércules, Aquiles, Ajax, Milon el Crotoniata; diéronle entonces los nombres de Cíclope, Falaris, Buriris, Esciron, Tifon, y Giges, porque el pueblo con la corrupción había recaído en las fábulas, como se vuelve á la infancia en la vejez.

Maximino derrotó á los Sármatas y á los Germanos; escribía al Senado: «No podríamos decir lo que hemos hecho, padres conscriptos; pero hemos incendiado los pueblos de los Germanos, arrebatándoles sus ganados, recogido prisioneros y exterminado á los que nos resistían.» Y en otra ocasión: «He terminado más guerras que capitán alguno de la antigüedad, trasladado al imperio romano inmensos despojos, y hecho tantos cautivos que apenas podrían contenerlos las tierras de la república.» (106)

Más el Africa se sublevaba, y proclamaba Augustos á los dos Gordianos, padre é hijo.

Gordiano el Viejo, procónsul de Africa, descendía de los Gracos por su madre y de Trajano por su padre, esto es, de los más ilustres que brillaron en Roma libre y esclava. Su padre, su abuelo, su bisabuelo y él propio habían sido cónsules: no era posible contar sus riquezas; citábanse sus jugos, sus palacios, sus caños, sus pórticos: eran estas sobradas prosperidades para morir, aunque es verdad que el imperio le alcanzó á pesar suyo.

Habiendo sido asesinado un recaudador del fisco en Thysdro de Africa, los autores de esta muerte, para librarse de la venganza de Maximino, revistieron á Gordiano el Viejo con las insignias del poder. Rechazólas Gordiano y se revolcó por el suelo llorando: pero fue inútil su resistencia, porque le condenaron á la púrpura. Saludaron Augusto á Gordiano el Joven, que como amigo de las letras deploraba los infortunios de su patria entre las mujeres y las musas.

El Senado confirmó la elección de ambos Gordianos, y declaró á Maximino enemigo de la república. Al recibir el emperador esta noticia se golpeó la cabeza contra las paredes, desgarró sus vestidos, empuñó su espada, intentó arrancar los ojos á su hijo; bebió y lo olvidó todo. Al día siguiente reunió sus tropas y les dijo: «Compañeros, los Africanos han faltado á sus juramentos como acostumbraban. Han elegido por señor á un anciano á quien convendría mejor el sepulcro que el imperio. El muy virtuoso Senado, que en otro tiempo asesinó á Rómulo y César me ha declarado enemigo de la patria mientras yo combatía y triunfaba en provecho suyo. Marchemos contra el Senado y los Africanos: vuestros son todos sus bienes.» (107)

Quando Maximino pronunciaba este discurso no tenía ya nada que temer de los Gordianos (108). Capeliano, gobernador de Numidia, fiel á Maximino, ganó una batalla en que pereció el joven Gordiano. Gordiano el Viejo se ahorcó con su cinturón para no sobrevivir á su hijo y salir libremente de las grandezas en que había entrado por fuerza.

El Senado designó dos nuevos emperadores, Maximino-Papiano, soldado valiente, y Claudio Balbino, orador y poeta: los eligió entre los veinte comisarios á quienes había encomendado la defensa de Italia. Un tercer Gordiano, nieto del viejo Gordiano, y sobrino ó hijo del joven, de edad de trece años, fue al propio tiempo proclamado César. Corrieron mensajeros por

todas partes ordenando á los habitantes de los campos que destruyesen los trigos, transportasen los ganados, se retirasen á las ciudades, y cerrasen las puertas á Maximino.

Sin embargo, un accidente, habia producido en Roma la guerra civil, y hubo asaltos, combates é incendios. La presencia del niño Gordiano apaciguó el

tumulto: ambos partidos se calmaron á la vista de la púrpura adornada con la inocencia y la juventud. (109)

El emperador no habia comunicado su ardor á los soldados, y su vigor para mantener la disciplina le habia enajenado el amor de las legiones. Puso sitio á Aquilea, y los habitantes se defendieron, llegando



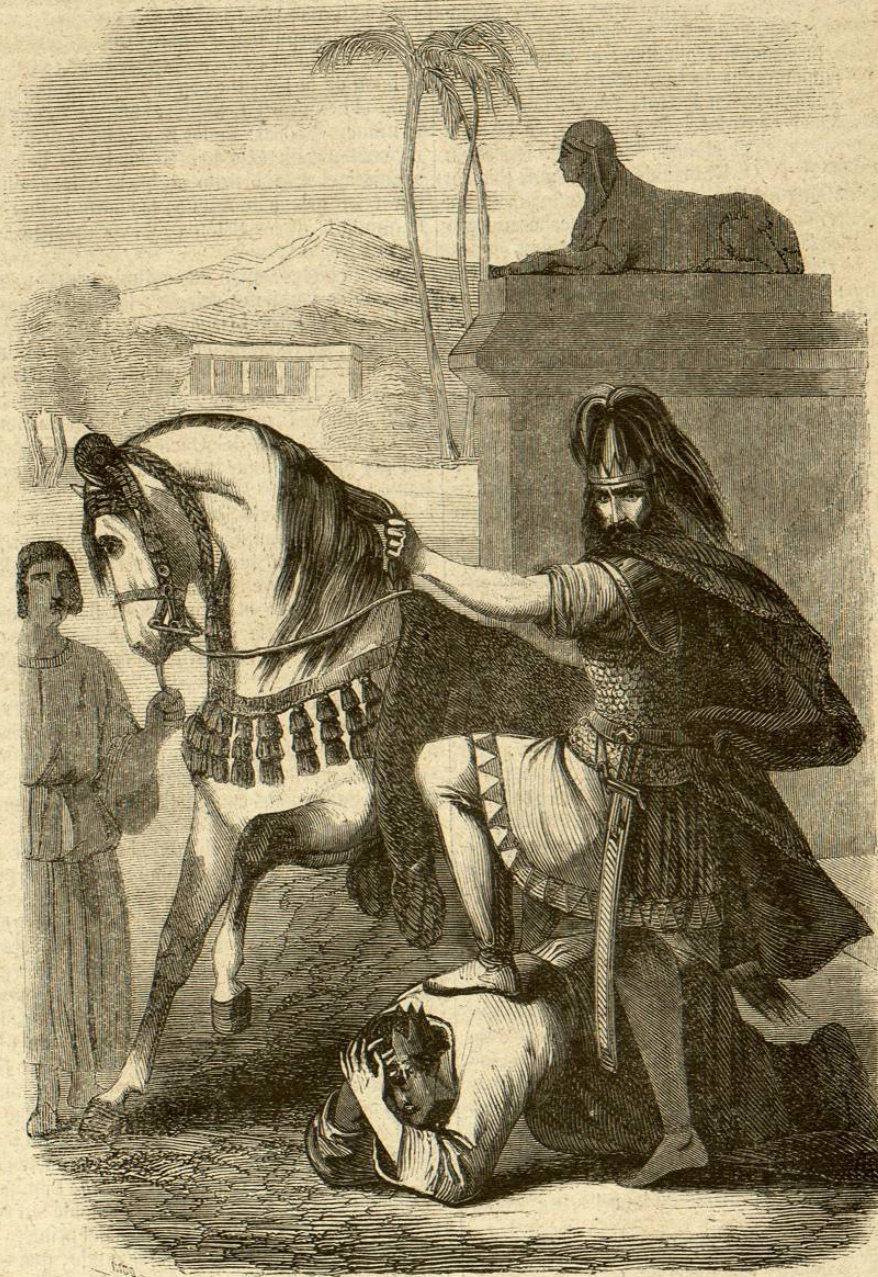
MUERTE DE DECIO.

las mujeres al extremo de cortarse los cabellos para hacer cuerdas destinadas á las máquinas de guerra. En memoria de este sacrificio edificaron un templo á Venus la calva (110). La fortuna abandonó á Maximino, y fue asesinado juntamente con un hijo.

El correo que trasmitió á Roma el mensaje del ejército, encontró al pueblo en el teatro, porque era seguro hallarle siempre en aquel sitio. Aquel pueblo atormentado con la grandeza y la miseria, y que se alimentaba de fiestas y proscripciones, adivinó la

noticia antes de haberla oído, y exclamó en grito unánime: «¡Maximino ha muerto!» Termináronse los juegos, y corrieron á los templos á tributar gracias á los dioses: tradición y mofa de los hombres grandes y de los altos hechos de la libertad republicana: La cabeza del Augusto y la del César fueron

enviadas al Senado. El hijo del gigante Maximino se habia instruido en las letras: sus inclinaciones, sus modales y sus atavíos eran elegantes y escogidos, y muchas mujeres le habian amado. En vez de la armadura de hierro que usaba su padre, llevaba una coraza de oro, un escudo del propio metal, una lanza



SAPOR Y VALERIANO CAUTIVO.

dorada, y un casco esmaltado con piedras preciosas (111). Aun despues de muerto, su rostro magullado, cubierto de sangre y de polvo, conservó facciones admirables. En otro tiempo se habian aplicado al jóven César los versos en que Virgilio comparó la belleza del hijo de Eneas al lucero del alba, cuan-

do sale húmedo aun del seno del Océano (112). Su suerte eterneció por un momento al populacho, que quemó en el campo de Marte con mil ultrajes la encantadora cabeza sobre la cual acababa de llorar. Así concluyeron los dos godos, soberanos de Roma antes que Alarico; mas por la púrpura que por la espada.

Debemos fijar en el reinado de Maximino el principio de esa sucesión de los emperadores militares, nacidos de las circunstancias, que semibárbaros sostuvieron el imperio contra los esfuerzos de los Bárbaros. También en esta época estalló la rivalidad del Senado y del ejército para la elección de príncipe; nueva causa de destrucción que se añadió á las muchas que fermentaban en el Estado.

Este Senado en otro tiempo tan abyecto, había conservado hasta entonces por sus tradiciones de gloria, por su nombre, por la riqueza de sus miembros, y por las dignidades de que estaban revestidos, una especie de poder inexplicable: al Senado daban cuenta los emperadores de sus victorias, y el Senado era el que gobernaba en los interregnos. Los años se contaban por el consulado: la religión y la historia se enlazaban con la existencia senatorial. Léase en todas partes: S. P. Q. R. cuando ya no había Senado ni pueblo. Roma hablaba aun de libertad como esos reyes modernos que escriben en el encabezamiento de sus títulos las soberanías que han perdido.

Hasta el reinado de Maximino había existido, sino inteligencia, al menos cierta conformidad forzada entre el Senado y las legiones; pero habiendo elegido los senadores por sí solos tres emperadores durante las turbulencias de este reinado, quedaron tan orgullosos con aquella recuperación de autoridad, que no pudieron menos de manifestar deseo de conservarla. Conociéronlo las legiones, y no se dejaron dominar. Los emperadores proclamados en las provincias por los ejércitos, se acostumbraron á considerar al Senado como á un enemigo de su poder, y cuyo sufragio no les era necesario; alejéronse de Roma donde no residieron ya sino rara vez y á pesar suyo. La ciudad eterna quedó poco á poco aislada en medio del imperio; y en tanto se batían en derredor suyo, sentóse á la sombra de su nombre, mientras llegaba su ruina.

Maximino persiguió la religión. En esta persecución se mencionan por vez primera de un modo positivo las basílicas cristianas; sin embargo, háblase de un sitio consagrado al culto de Cristo en el reinado de Alejandro-Severo.

Algunos autores han creído, que la persecución había tenido por principal objeto en Oriente, dar muerte á Orígenes: el pueblo y los filósofos hubieran mirado como un gran triunfo la apostasía de este defensor de la Iglesia (113), que por el ascendiente de su talento, había verificado una multitud de conversiones. Otros escritores han pensado, que la persecución nació con motivo del soldado en favor del cual escribió Tertuliano el libro de la Corona. He dicho varias veces, que en la elección de un emperador era costumbre prodigar liberalidades á los soldados, quienes para recibirlas, se coronaban de laurel. En el advenimiento de Maximino, se adelantó un legionario con la corona en la mano; preguntóle el tribuno por qué no la llevaba en la cabeza como sus compañeros. «No puedo, respondió, porque soy cristiano.»

Tertuliano aprueba la conducta del legionario (114), pareciéndole que el coronarse de laureles era propio de la idolatría.

Al lado de las elecciones que hacia el acero, continuaban las elecciones pacíficas de otros soberanos que reinaban por la caña. Habiendo muerto el papa Urbano, tuvo por sucesor á Ponciano, que desterrado á la isla de Cerdeña, abdicó. Antero, que se sentó en su lugar, vivió solamente un mes, y proclamaron obispo de Roma á Fabiano.*

En medio de las guerras civiles y extranjeras, brillaban las ciencias en los entendimientos mas preclaros de los cristianos. Teodoro ó Gregorio de Pons, llamado el *Taumaturgo*, aparecía en el mundo: Afri-

* 41 de Enero, 256.

cano escribió su *Historia Universal*, que comenzando en la creación del mundo, se detenía en el año 221 de nuestra era (115). Tratábase allí la historia de un modo desconocido hasta entonces: un cristiano oscuro decia al imperio brillante de los Césares, que era moderno; que sus hechos y sus fábulas no contaban sino un día de existencia comparados con la antigüedad del pueblo de Dios y de la religión de Moisés, y que por esta escala debía medirse en adelante la vida de las naciones. La crónica de Africano no se encuentra ya sino en la de Eusebio.

Orígenes publicó la obra que le había costado veinte y ocho años de investigaciones (116): era una edición de la Escritura en muchas columnas, y que tomó el nombre de Hexaplo, Octaplo y Tetraplo, segun el número de ellas. En los Hexaplos, la primera columna contenía el texto hebreo en letras hebraicas; la segunda el mismo texto en letras griegas; la tercera la versión griega de Aquila; la cuarta la de Simmaco; la quinta la de los Setenta, y la sexta el texto hebreo de Teodosio.

Los Octaplos tenían dos columnas mas; compuestas de dos versiones griegas, la una encontrada en Jericó por el mismo Orígenes, y la otra en Nicópolis de Epiro. No se empleó en aquel trabajo inmenso el idioma de los señores del mundo. Varias traducciones latinas hechas sobre la Versión de los Setenta, bastaban á las necesidades de la iglesia de Roma y de las demás iglesias del Occidente. Obstinábase los Griegos en considerar la lengua de Ciceron como una lengua bárbara.

Multiplicábase los concilios, ya sea por las necesidades de la comunidad cristiana, ya para arreglar la disciplina y las costumbres, ó para combatir la herejía. Cipriano, jóven todavía, levantaba su voz en Cartago; este era el varon, cuya florida elocuencia había de inspirar la elocuencia de Fenelon, como la palabra de Tertuliano, había de animar la palabra de Bossuet.

Agitábase todo entre los Bárbaros: unos se reunían en las fronteras; otros se introducían en el imperio, ó como vencedores, ó como prisioneros, ó como auxiliares: los cristianos crecían igualmente en número, y extendían sus conquistas entre los conquistadores.

Máximo* y Balbino subieron al trono imperial después de la muerte de Maximino: rodeaba al primero un cuerpo de germanos que le eran adictos, como los suizos y los guardias escoceses á nuestros reyes. Los pretorianos tuvieron envidia, pues no aprobaban una elección debida únicamente al Senado. Corrieron á las armas cuando la ciudad se hallaba entregada á los juegos capitolinos: los emperadores, arrancados de su palacio, fueron degollados en medio de ultrajes semejantes á los que fueron prodigados en otro tiempo á Vitelio; había en los archivos del Estado, antecedentes para toda clase de asesinatos y de vicios. Máximo, hijo de un cerrajero ó carretero, era un hombre valiente, diestro en la guerra, moderado, y tan serio, que le daban el sobrenombre de *Triste*; Balbino pertenecía á una familia que pasaba por noble sin ser antigua, y era dulce y afable: decíase del primero, que conocía lo que era justo, y del segundo, que se extendía á mas. Había nombrado ya César al tercer Gordiano, nieto del viejo Gordiano: los pretorianos le saludaron con el título de Augusto, y el Senado y el pueblo le reconocieron.

Este monarca reinó demasiado poco: tuvo por suegro á su maestro de retórica, llamado Mysitheo, que le arrebató de las manos de los eunucos (117); y Gordiano convirtió á Mysitheo en prefecto del Pretorio y en ministro. Mysitheo había sido un hombre oscuro antes de tomar las riendas del Estado; condicion ne-

* MAXIMINO Y BALBINO, emper. FABIANO, papa. De J. C. 252.

cesaria para prosperar cuando se nace con talento, porque en la carrera política no se sube al poder con una reputación formada de antemano.

No fue considerable la guerra en el reinado de Gordiano III; pero hubo en ella nombres grandes: Sapor, hijo de Artajerjes, atacó al imperio en Oriente, y aparecieron los Francos en las Galias. Aureliano, que fue después emperador, mandaba entonces una legión, y batió á los Francos cerca de Maguncia, matando á setecientos y haciéndoles trescientos prisioneros. Reputó esta victoria de tanta importancia, que los soldados improvisaron dos malos versos que se han conservado hasta nosotros.

Mille francos, mille Sarmatas semel occidimus;
Mille, mille, mille Persas quocimus (118).

Así es como el nombre de nuestros padres se encuentra por la vez primera en una canción de soldados que expresa á la vez el valor de aquellos y el pavor de los Romanos.

Preparóse Gordiano III para rechazar á Sapor, y antes de salir de Roma abrió el templo de Jano, y esta es la vez postrera que se trata de semejante ceremonia en la historia. Presuminos que no volvió á cerrarse el templo, y que fue como un presagio del destino del imperio. Habiendo pasado Gordiano por la Mœsia y por la Trácia, derrotó á los Godos; pero fue menos venturoso con los Alanos. Consiguió algunas ventajas sobre Sapor, y debió el triunfo á Mysitheo, á quien honró el Senado con el nombre de tutor de la república. Gordiano tuvo la candidez de convenir en ello al dar cuenta de sus victorias al Senado (119): volver la gloria al que nos la dió, es ser digno de ella.

La caudex Roma no sufría á un gran ciudadano sino con violencia; cuando por acaso producía alguno, no tenía ya á semejanza de una madre estenuada ni fuerzas para alimentarlo. Murió Mysitheo envenenado quizás por Filipo, que le sucedió en el cargo de prefecto del Pretorio. Desde aquel momento abandonó la fortuna á Gordiano; porque existen espíritus creados para aparecer juntos, y que son su complemento mútuo. Las sociedades en su infancia, reparan fácilmente la pérdida de un hombre hábil; pero cuando se acercan á su término, si llegan á faltar los ciudadanos de mérito que les restan, todo perece.

El nuevo prefecto del Pretorio era árabe, ó hijo de un gefe de salteadores; y Filipo, unido por de pronto á Gordiano, acabó por inmolarlo. Gordiano se humilló hasta el extremo de solicitar sucesivamente la partición igual del poder, el rango de César, el cargo de prefecto del Pretorio, el título de duque ó gobernador de provincia, y finalmente, la vida: el asesino se lo rehusó todo excepto unos pobres funerales. El último descendiente de los Gracos, contaba apenas veinte y tres años: el humilde sepulcro del jóven emperador de los Romanos, se erigió lejos del Tíber, en la confluencia del Chaboras con el Eufrates, á corta distancia de las ruinas de aquella Babilonia que vió llorar á Israel cerca de los sepulcros de los grandes reyes.

* Filipo, proclamado Augusto, y su hijo César, estipularon la paz con Sapor, y vinieron á Roma. Juzguese del estado á que había llegado Roma: no se sabe si debe colocarse en la época del advenimiento de Filipo la existencia de dos emperadores llamado el uno Marcó, filósofo de profesión, y el otro Severo-Hostiliano. No se conocen sino los nombres de ambos señores del mundo, y hasta se ignora si llegaron á reinar.

Desde esta época es cuando se principia á denominar tiranos, para distinguirlos de los emperadores, á los pretendientes al imperio que elegidos por las legiones no eran reconocidos por el Senado. No existía sin-

* FILIPO emper. FABIANO papa A. de J. C. 244-249.

embargo entre tales hombres igualmente opresores, sino la diferencia de fortuna, y dábase á la victoria el título que se negaba al infortunio.

Quedan todavía dudas sobre la verdad de un hecho grave: ¿Filipo era cristiano? Las pruebas son débiles, y veremos en adelante no pocos príncipes de la fe indignos de serlo sin que podamos hacer justicia á este; pero la marcha de la historia prescribe que anotemos la coincidencia de la elevación de un godo al imperio en la persona de Maximino, y quizás de un cristiano en la de Filipo.

Este celebró los juegos seculares en 21 de abril del año 248: Horacio los había cantado en el reinado de Augusto; juegos misteriosos celebrados durante tres noches al resplandor de antorchas en la orilla del Tíber (120), y que ninguno veía dos veces en su vida, señalaban entonces el trascurso de un periodo de mil años para la antigua Roma, y fueron interrumpidos. Mas de otros mil años trascurrieron hasta que un príncipe de la nueva Roma los restableció con el nombre de Jubileo el año 300 de la era vulgar. Bonifacio VIII ofició con los ornamentos imperiales, y doscientos mil peregrinos se hallaron reunidos en la fiesta. Clemente VI, Urbano VI y Paulo II fijaron sucesivamente la vuelta del Jubileo, el primero á cincuenta, el segundo á treinta y tres y el tercero á veinte y cinco años: Clemente en consideración á la brevedad de la vida; Urbano en memoria del tiempo que Jesucristo pasó en la tierra, y Paulo para la mas pronta remisión de los pecados. Los esclavos y los extranjeros no asistían á los juegos seculares de Roma idólatra; Roma cristiana llamaba al Jubileo á los desgraciados y á los viajeros.

Filipo hizo la guerra á los Carpianos, pueblos situados en los montes Carpatos, vecinos de los Godos. Estos últimos habían empezado á percibir desde el reinado de Alejandro-Severo un tributo de los Romanos; los Carpianos pretendieron obtener igual ventaja, y fueron vencidos.

Levantáronse de improviso dos nuevos emperadores, Saturnino en Siria y Marino en Mœsia. Decio, cuyo nombre recuerda la primera invasión grande de los Bárbaros, había nacido de padres oscuros: encumbrado al consulado, ó por sus talentos, ó por las revoluciones, que elevan indistintamente el mérito y la medianía, el vicio y la virtud, Decio se encontró encargado de castigar á los partidarios de Marino, que le obligaron á ocupar su lugar, marchar contra Filipo, y presentarle batalla. Los crímenes habían caído bajo el dominio del derecho comun, y las guerras civiles formaban el temperamento del Estado. Filipo fue vencido y muerto en Verona (121), y su hijo degollado en Roma.

Cuéntase de este jóven que desde la edad de cinco años nunca se había reído; no subió al trono y perdió las delicias de la infancia: hubiéralas gozado si hubiese permanecido bajo la tienda del árabe. En aquellos tiempos casi nunca parecía un príncipe solo, pues sus hijos eran asesinados tambien; esta lección tantas veces repetida, á nadie corregía; hallábanse mil ambiciosos, y no se veía ni un padre.

Tal era el estado de los hombres y de las cosas al advenimiento de Decio; todo contribuía á acelerar la disolución del Estado. Los Bárbaros no tenían nada delante de ellos, excepto el Cristianismo que los aguardaba para hacerlos capaces de fundar una sociedad, bendiciendo su espada.

SEGUNDA PARTE.

DESDE DECIO HASTA CONSTANTINO.

* ABRESE LA verdadera historia de los Bárbaros con el reinado de Decio. Vamos ahora á conocerlos mejor,

* DECIO emper. FABIANO, CORNELIO, papas. De J. C. 249-251.